vian las mujeres, no agravian los eclesiásticos, como vuesa merced mejor sabe.

—Así es, respondió Don Quijote, y la causa es que el que no puede ser agraviado no puede agraviar á nadie. Las mujeres, los niños y los eclesiásticos, como no pueden defenderse aunque sean ofendidos, no pueden ser afrentados, porque entre el agravio y la afrenta hay esta diferencia, como mejor vuestra excelencia sabe.

La afrenta viene de parte de quien la puede hacer, y la hace y la sustenta; el agravio puede venir de cualquier parte sin que afrente. Sea ejemplo: Está uno en la calle descuidado, llegan diez con mano armada, y dándole de palos, pone mano á la espada, y hace su deber; pero la muchedumbre de los contrarios se le opone, y no le deja salir con su intención, que es de vengarse: este tal queda agraviado, pero no afrentado; y lo mismo confirmará otro ejemplo: está uno vuelto de espaldas, llega otro, y dale de palos, y en dándoselos huye y no espera, y el otro le sigue y no le alcanza: este que recibió los palos recibió agravio, mas no afrenta; porque la afrenta ha de ser sustentada. Si el que le dió los palos, aunque se los dió á hurta cordel, pusiera mano á su espada, y se estuviera quedo haciendo rostro á su enemigo, quedara el apaleado agraviado y afrentado juntamente; agraviado, porque le dieron á traición; afrentado, porque el que le dió sustentó lo que había hecho sin volver las espaldas y á pie quedo: y así según las leyes del maldito duelo, yo puedo estar agraviado, más no afrentado, porque los niños no sienten, ni las mujeres, ni pueden huir, ni tienen para qué esperar, y lo mismo los constituídos en la sacra religión; porque estos tres géneros de gente carecen de armas ofensivas y defensivas; y así aunque naturalmente estén obligados á defenderse, no lo están para ofender á nadie: y aunque poco há dije que yo podía estar agraviado, ahora digo que no en ninguna manera, porque quien no puede recibir afrenta, menos la puede dar: por las cuales razones yo no debo sentir ni siento las que aquel buen hombre me ha dicho: sólo quisiera que esperara algún poco para darle á entender el error en que está en pensar y decir que no ha habido ni los hay caballeros andantes en el mundo, que si lo tal oyera Amadís, ó uno de los infinitos de su linaje, yo sé que no le fuera bien á su merced.

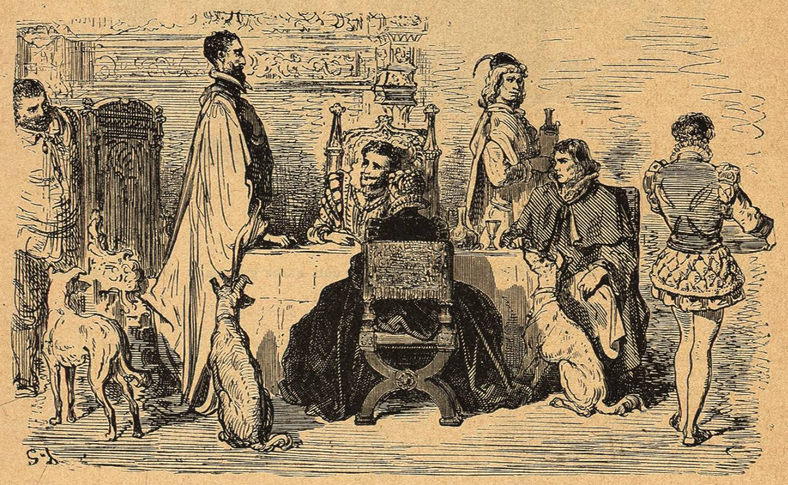
—Eso juro yo bien, dijo Sancho, cuchillada le hubieran dado, que le abrieran de arriba á abajo como una granada ó como á un melón muy maduro; bonitos eran ellos para sufrir semejantes cosquillas. Para mi santiguada, que tengo por cierto que si Reinaldos de Montalván hubiera oído estas razones al hombrecito, tapaboca le hubiera dado que no hablara más en tres años: no sino tomárase con ellos, y viera cómo escapaba de sus manos.

Perecía de risa la duquesa en oyendo hablar á Sancho, y en su opinión le tenía por más gracioso y por más loco que á su amo, y muchos hubo en aquel tiempo que fueron deste mismo parecer. Finalmente, Don Quijote se sosegó, y la comida se acabó, y en levantando los manteles llegaron cuatro doncellas, la una con una fuente de plata, y la otra con un aguamanil asimismo de plata, y la otra con dos blanquísimas y riquísimas toallas al hombro, y la cuarta descubiertos los brazos hasta la mitad, y en sus blancas manos (que sin duda eran blancas) una redonda pella de jabón napolitano.

Llegó la de la fuente, y con gentil donaire y desenvoltura encajó la fuente debajo de la barba de Don Quijote, el cual, sin hablar palabra, admirado de semejante ceremonia, creyó que debía ser usanza de aquella tierra, en lugar de las manos lavar las barbas; y así tendió la suya todo cuanto pudo, y al mismo punto comenzó á llover el aguamanil, y la doncella del jabón le manoseó las barbas con mucha priesa, levantando copos de nieve, que no eran menos blancas las jabonaduras, no sólo por las barbas, más por todo el rostro y por los ojos del obediente caballero, tanto que se los hicieron cerrar por fuerza.

El duque y la duquesa, que de nada desto eran sabidores, estaban esperando en qué había de parar tan extraordinario lavatorio. La doncella barbera, cuando le tuvo con un palmo de jabonadura, fingió que se le había acabado el agua, y mandó á la del aguamanil fuese por ella, que el señor Don Quijote esperaría. Hízolo así, y quedó Don Quijote con la más extraña figura, y más para hacer reir, que se pudiera imaginar.

—Mirábanle todos los que presentes estaban, que eran muchos; y como le veían con media vara de cuello más que medianamente moreno, los ojos cerrados y las barbas llenas de jabón, fué gran maravilla y mucha discreción poder disimular la risa: las doncellas de la burla tenían los ojos bajos sin osar mirar á sus señores; á ellos les retozaba la cólera y la risa en el cuerpo, y no sabían á qué acudir: ó á castigar el atrevimiento de las muchachas, ó darles premio por el gusto que recibían de ver á Don Quijote de aquella suerte.



Finalmente, la doncella del aguamanil vino, y acabaron de lavar á Don Quijote, y luego la que traía las toallas le limpió y le enjugó muy reposadamente; y haciéndole todas cuatro á la par una grande y profunda inclinación y reverencia, se querían ir; pero el duque, porque Don Quijote no cayese en la burla, llamó á la doncella de la fuente, diciéndole;

—Venid y lavadme á mí, y mirad que no se os acabe el agua. La muchacha, aguda y diligente, llegó y puso la fuente al duque como á Don Quijote, y dándose priesa le lavaron y jabonaron muy bien, y dejándole enjuto y limpio, haciendo reverencias se fueron.

Después se supo que había jurado el duque que si á él no le lavaran como á Don Quijote, había de castigar su desenvoltura, la cual habían enmendado discretamente con haberle á él jabonado. Estaba atento Sancho á las ceremonias de aquel lavatorio, y dijo entre sí:

—Válame Dios, ¡si será también usanza en esta tierra lavar las barbas á los escuderos como á los caballeros! porque en Dios y en mi ánima que lo he bien menester, y aunque si me las raspasen á navaja lo tendría más á beneficio.

—¿Qué decís entre vos, Sancho? preguntó la duquesa.

—Digo, señora, respondió él, que en las cortes de los otros príncipes siempre he oído decir que en levantando los manteles dan agua á las manos, pero no legía á las barbas; y que por eso es bueno vivir mucho por ver mucho, aunque también dicen que el que larga vida

vive, mucho mal ha de pasar, puesto que pasar por un lavatorio destos antes es gusto que trabajo.

—No tengáis pena, amigo Sancho, dijo la duquesa, que yo haré que mis doncellas os laven, y aun os metan en colada si fuere menester.

—Con las barbas me contento, respondió Sancho, por ahora á lo menos, que andando el tiempo Dios dijo lo que será.

—Mirad, maestresala, dijo la duquesa, lo que el buen Sancho pide, y cumplidle su voluntad al pie de la letra. El maestresala respondió que en todo sería servido el señor Sancho; y con esto se fué á comer, y llevó consigo á Sancho, quedándose á la mesa los duques y Don Quijote hablando en muchas y diversas cosas, pero todas tocantes al ejercicio de las armas y de la andante caballería.

La duquesa rogó á Don Quijote que le delinease y describiese, pues parecía tener felice memoria, la hermosura y facciones de la señora Dulcinea del Toboso, que según lo que la fama pregonaba de su belleza, tenía por entendido que debía de ser la más bella criatura del orbe y aun de toda la Mancha. Suspiró Don Quijote oyendo lo que la duquesa le mandaba, y dijo:

—Si yo pudiera sacar mi corazón, y ponerle ante los ojos de vuestra grandeza aquí sobre esta mesa y en un plato, quitara el trabajo á mi lengua de decir lo que apenas se puede pensar, porque vuestra excelencia la viera en él toda retratada; pero ¿para qué es ponerme yo ahora á delinear y describir punto por punto y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinea, siendo carga digna de otros hombros que de los míos, empresa en quien se debían ocupar los pinceles de Parrasio, de Timantes y de Apeles, y los buriles de Lisipo, para pintarla y grabarla en tablas, en mármoles y en bronces, y la retórica ciceroniana y demostina para alabarla?

—¿Qué quiere decir demostina, señor Don Quijote?—preguntó la duquesa,—que es vocablo que no le he oído en todos los días de mi vida.

—Retórica demostina, respondió Don Quijote, es lo mismo que decir retórica de Demóstenes, como ciceroniana de Cicerón, que fueron los dos mayores retóricos del mundo.

—Así es, dijo el duque, y habéis andado deslumbrada en la tal pregunta. Pero con todo eso nos daría gran gusto el señor Don Quijote si nos la pintase, que á buen seguro, que aunque sea en rasguño ó bosquejo, que ella salga tal que la tengan envidia las más hermosas.

—Si hiciera por cierto, respondió Don Quijote, si no me la hubiera borrado de la idea la desgracia que poco há le sucedió, que es tal, que más estoy para llorarla que para describirla; porque habrán de saber vuestras grandezas, que yendo los días pasados á besarle las manos, y á recibir su bendición, beneplácito y licencia para esta tercera salida, hallé otra de la que buscaba: halléla encantada y convertida de princesa en labradora, de hermosa en fea, de ángel en diablo, de olorosa en pestífera, de bien hablada en rústica, de reposada en brincadora, de luz en tinieblas, y finalmente, de Dulcinea del Toboso en una villana de Sayago.

—¡Válame Dios! dando una gran voz dijo á este instante el duque, ¿quién ha sido el que tanto mal ha hecho al mundo? ¿Quién ha quitado dél la belleza que le alegraba, el donaire que le entretenía, y la honestidad que le acreditaba?

—¿Quién? respondió Don Quijote, ¿quién puede ser sino algún maligno encantador de los muchos envidiosos que me persiguen? Esta raza maldita, nacida en el mundo para obscurecer y aniquilar las hazañas de los buenos, y para dar luz y levantar los fechos de los malos. Perseguídome han encantadores, encantadores me persiguen, y encantadores me perseguirán hasta dar conmigo y con mis altas caballerías en el profundo abismo del olvido; y en aquella parte me dañan y hieren donde ven que más lo siento: porque quitarle á un caballero andante su dama, es quitarle los ojos con que mira, y el sol con que se alumbra, y el sustento con que se mantiene.

Otras muchas veces lo he dicho y ahora lo vuelvo á decir, que el caballero andante sin dama es como el árbol sin hojas, el edificio sin cimiento, y la sombra sin cuerpo de quien se cause.

—No hay más que decir, dijo la duquesa; pero si con todo eso hemos de dar crédito á la historia que del señor Don Quijote de pocos días á esta parte ha salido á la luz del mundo con general aplauso de las gentes, della se colige, si mal no me acuerdo, que nunca vuesa merced ha visto á la señora Dulcinea: y que esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantástica, que vuesa merced la engendró y parió en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias y perfecciones que quiso.

—En eso hay mucho que decir, respondió Don Quijote: Dios sabe si hay Dulcinea ó no en el mundo, ó si es fantástica ó no es fantástica, y estas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo. Ni yo engendré ni parí á mi señora, puesto que la contemplo, como conviene que sea, una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como son hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada, y finalmente alta por linaje, á causa que sobre la buena sangre resplandece y campea la hermosura con más grados de perfección que en las hermosas humildemente nacidas.

—Así es, dijo el duque: pero hame de dar licencia el señor Don Quijote para que diga lo que me fuerza á decir la historia que de sus hazañas he leído, de donde se infiere que puesto que se conceda que hay Dulcinea en el Toboso ó fuera dél, y que sea hermosa en el sumo grado que vuesa merced nos la pinta, en lo de la alteza del linaje no corre parejas con las Orianas, con las Alastrajareas, con las Madasimas, ni con otras deste jaez, de quien están llenas las historias que vuesa merced bien sabe.

—A eso puedo decir, respondió Don Quijote, que Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la sangre, y que en más se ha de estimar y tener un humilde virtuoso, que un vicioso levantado: cuanto más que Dulcinea tiene un jirón que la puede llevar á ser reina de corona y cetro: que el merecimiento de una mujer hermosa y virtuosa á hacer mayores milagros se extiende, y aunque no formalmente, virtualmente tiene en sí encerradas mayores venturas.

—Digo, señor Don Quijote, dijo la duquesa, que en todo cuanto vuesa merced dice ya con pie de plomo, y como suele decirse, con la sonda en la mano; y que yo desde aquí adelante creeré y haré creer á todos los de mi casa, y aun al duque mi señor, si fuere menester, que hay Dulcinea en el Toboso, y que vive hoy día, y es hermosa, y principalmente nacida, y merecedora que un tal caballero como es el señor Don Quijote la sirva, que es lo más que puedo ni sé encarecer. Pero no puedo dejar de formar un escrúpulo, y tener algún no sé qué de ojeriza contra Sancho Panza: el escrúpulo es que dice la historia referida, que el tal Sancho Panza halló á la tal señora Dulcinea, cuando de parte de vuesa merced le llevó una epístola, aechando un costal de trigo, y por más señas dice que era rubión; cosa que me hace dudar en la alteza de su linaje. A lo que respondió Don Quijote:

—Señora mía, sabrá la vuestra grandeza, que todas ó las más cosas que á mí me suceden van fuera de los términos ordinarios de las que á los otros caballeros andantes acontecen, ó ya sean encaminadas por el querer inescrutable de los hados, ó ya vengan encaminadas por la malicia de algún encantador envidioso, y como es cosa ya averiguada que todos ó los más caballeros andantes y famosos, uno tenga gracia de no poder ser encantado, otro de ser de tan impenetrables carnes que no pueda ser herido, como lo fué el famoso Roldán, uno de los doce pares de Francia, de quien se cuenta que no podía ser ferido sino por la planta del pie izquierdo, y que esto había de ser con la punta de un alfiler gordo, y no con otra suerte de arma alguna: y así cuando Bernardo del Carpio le mató en Roncesvalles, viendo que no le podía llagar con fierro, le levantó del suelo entre los brazos, y le ahogó, acordándose entonces de la muerte que dió Hércules á Anteón, aquel feroz gigante que decían ser hijo de la tierra.

Quiero inferir de lo dicho, que podía ser que yo tuviese alguna gracia destas, no del no poder ser ferido, porque muchas veces la experiencia me ha mostrado que soy de carnes blandas y no nada impenetrables, ni la de no poder ser encantado, que ya me he visto metido en una jaula, donde todo el mundo no fuera poderoso á encerrarme si no fuera á fuerzas de encantamentos. Pero pues de aquél me libré, quiero creer que no ha de haber otro alguno que me empeece: y así viendo estos encantadores que con mi persona no pueden usar de sus malas mañas, vénganse en las cosas que más quiero, y quieren quitarme la vida maltratando la de Dulcinea por quien yo vivo: y así creo que cuando mi escudero le llevó mi embajada se la convirtieron en villana, y ocupada en tan bajo ejercicio como es el de aechar trigo; pero ya tengo yo dicho que aquel trigo ni era rubión ni trigo, sino granos de perlas orientales; y para prueba desta verdad quiero decir á vuestras magnitudes, cómo viniendo poco há por el Toboso jamás pude hallar los palacios de Dulcinea; y que otro día habiéndola visto Sancho mi escudero en su misma figura, que es la más bella del orbe, á mí me pareció una labradora tosca y fea, y no nada bien razonada, siendo la discreción del mundo: y pues yo no estoy encantado, ni lo